

Hacia los 500 años **La cuestión indígena**

**¿Celebrar
en las
Antillas?**

**Hoy
culminan
aquella
hazaña,
aquella
empresa**

Faltan tres años para el 12 de octubre de 1992. Somos de los que pensamos que, a pesar de todo, merece celebrarse el medio milenio de vida latinoamericana. Sin embargo nos parece un despropósito celebrarlo precisamente en Las Antillas. Es cierto que a ellas llegó Colón hace quinientos años. Pero también es verdad que Colón no vio a los indígenas: creyó haber llegado al Asia sudoriental y proyectó sobre las tierras y habitantes que veía las ideas que tenía de aquellas regiones, y aunque la realidad de lo que veía desmentía sus previsiones, no por eso las cambió: prefirió forzar la realidad antes que cambiar sus esquemas. Desde el primer contacto consideró a los indígenas por aquello de que carecían: no tenían vestidos, ni lengua, ni religión, ni armas. No eran, pues, seres racionales. Como tenían cuerpos aptos serían buen material para servir. Esa falta radical de reconocimiento se transformó bien pronto en violencia. Después de capturar a siete escribe "que Vuestras Altezas cuando mandaren puédenlos todos llevar a Castilla o tenellos en la misma Isla captivos" porque "son buenos para les mandar y les hazer trabajar y sembrar y hazer todo lo otro que fuere menester". No son problema militar: "Que mil no aguardarían tres". Esta actitud de Colón dio la pauta de la colonización antillana, tanto que cincuenta años después se puede decir que los indígenas habían sido completamente barridos. La condena de los dominicos no pudo contener el exterminio, sólo daría frutos años después, en el continente. ¿Qué celebrar, pues, en Las Antillas? ¿La prepotencia obsesiva del Occidente colonialista? ¿La impotencia de un cristianismo castrado que sirvió de tranquilizador de las conciencias a los idólatras que sacrificaron los indígenas a sus dioses que eran el oro y la gloria?

La ceguera de celebrar el quinto centenario en Las Antillas proviene de que precisamente en estas décadas estamos culminando en América Latina la tarea genocida que comenzara Colón y los colonizadores de Las Antillas. Celebramos con estruendo para desviar la atención de lo que hoy se está llevando a cabo con tanta saña y mayor culpabilidad. Si nos damos un poco prisa podremos celebrar el quinto centenario brindando por la última tribu que dejó de existir.

Después de la experiencia de Las Antillas los españoles impusieron la política de reducir a los indígenas a pueblos para controlarlos, para explotarlos racionalmente como mano de obra y para que, conservando de algún modo su organización, asumieran los elementos que los españoles juzgaban imprescindibles para una vida civilizada. La cristianización sería la palanca imprescindible y eficaz para este laborioso proyecto. Los indígenas que no aceptaron reducirse tuvieron que confinarse a la frontera de la geografía humana colonial: a las selvas de la hoya amazónica y del Caribe, a las estepas o montañas pobres y de orografía intrincada del norte de México, del sur de Chile y Argentina, del Chaco... Los indígenas reducidos se estabilizaron y hasta empezaron a evolucionar favorablemente hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando el proyecto liberal de desarrollo atacó jurídicamente a las comunidades e impuso una sobreexplotación comparable al primer tiempo de la colonia. Siglo y medio después las comunidades que han logrado sobrevivir están reaccionando, han vuelto a concebirse como pueblos y en una lucha durísima van renaciendo a la esperanza de un futuro posible.

Sin embargo las comunidades no reducidas, las que vivían más allá de las fronteras ¿pueden acariciar la misma esperanza? Primero fueron alcanzados en su mayor parte por los misioneros. En ellos encontraron protección y la seguridad de mínimos vitales. A veces, el reconocimiento de sus lenguas y de algunos aspectos de sus culturas. Pero en general los misioneros de la primera mitad de este siglo, además de cristianizar, pensaban que el mayor aporte que podían dar a los indígenas era "civilizarlos". Y así lo intentaron con la mayor generosidad. Pero también con falta no culpable pero deletérea de reconocimiento hacia las culturas indígenas. A raíz del Concilio y de las disputas en parte traumatizantes con los antropólogos, las misiones fueron abriéndose a las culturas indígenas y poniéndose a su servicio. Aún no consolidado el proceso, la sociedad criolla y peor aún los aventureros y las

transnacionales están alcanzando una a una todas las fronteras. Ya los indígenas no tienen dónde retroceder. El contacto es igual que el primer contacto antillano, pero con un agravante: ahora los indígenas no interesan ni como mano de obra. Hoy el objetivo es simplemente acabar con ellos y ocupar sus territorios. Se los caza como a fieras, se los asesina con ropas contaminadas, se envenenan sus aguas, se los acosa y confina, se intenta degradarlos...

Nuevamente la fiebre, la idolatría de El Dorado enloquece al hombre occidental y el resultado es la muerte del indígena. El es el que debe morir. ¿Ustedes no razonan que conviene que muera esta estirpe para que el sistema prosiga su expansión? Es, se dice, la ley de la historia. Los sentimentalismos románticoides no conducen a nada. Mejor cerrar los ojos y dejar a los hombres de presa que desbrocen rápidamente el camino por donde pocos años después pasará sin escrúpulo la gente decente, los hombres de bien. Dejarse llevar por una piedad mujeril no conduce a otra cosa que a prolongar la agonía. No hay que darle más vueltas: estos indígenas no reducidos tienen que desaparecer. La única salida honorable, o por lo menos la única inteligente, sería que se criollicen lo más rápidamente posible. Puede que en abstracto no sea lo más deseable, pero es lo único posible. Si a esto se le llama traición, tan sólo queda la muerte.

Esto dice la razón vigente. La de los Estados, los gobernantes, las Fuerzas Armadas, las grandes corporaciones, los medios de comunicación y por supuesto los hombres de presa, los aventureros de toda laya. A pesar de declaraciones retóricas, eso es lo que dicen, esa es su política más o menos soterrada pero eficaz y drástica. Todos estos van a celebrar el quinto centenario. Digan lo que digan, celebran su triunfo sobre los indígenas, el predominio de su raza y cultura. Celebran que están a punto de ser ya los dueños absolutos, de haber acabado la hazaña y la empresa que empezó Colón y los suyos.

Hoy todo el que calle esta masacre que culmina la que empezó hace quinientos años, hoy todo el que eficazmente no la repudie y trate de impedir la participa de esta orgía de los asesinos. Es al menos cómplice. Esto vale para cada ciudadano latinoamericano, para cada grupo e institución. Vale de un modo especial para la Iglesia.

¿Dónde estamos los cristianos? Cristianos son muchas de las víctimas. Cristianos se llaman muchos de los asesinos. ¿No se impone el mismo deslinde que intentaron Montesinos y los demás dominicos? ¿Podemos a la vez abrazar a los indígenas acosados y brindar con los nuevos conquistadores y recibir sus limosnas? Con la luz que arroja esta celebración ¿no podremos los cristianos latinoamericanos llegar a este acuerdo mínimo de no admitir en la comunidad cristiana a quienes arrebatan a los indígenas los territorios en los que viven y a quienes los hostigan y degradan? En AL ¿no sería esto una proclamación fehaciente de que seguimos al Dios de la vida y no a los ídolos de la cultura occidental? Pastoralmente una decisión así ¿no contribuiría a que muchas personas abrieran los ojos y respetando al desvalido llegaran a respetarse a sí mismas?

No creemos que los indígenas totalicen AL; no creemos que ellos deban copar la celebración de este medio milenio. Pero la cuestión indígena es una especie de grado cero insoslayable. Si no se les hace justicia, todo lo de más anda viciado. Habremos perdido una oportunidad salvífica que ya no volverá. Con ese genocidio todos quedaremos mutilados para siempre. AL no son sólo indígenas. Pero una AL edificada sobre su exterminio es un continente maldito. Y ese exterminio está en marcha. También en nuestro país.

El único sentido que puede tener celebrar los quinientos años en Las Antillas es un tremendo acto penitencial y el compromiso de defender al que debe morir, tal como van las cosas. En Las Antillas no cabe la acción de gracias, que sí es posible en el resto de AL.

En este país la concreción actual de más envergadura de este espíritu expansionista que arrasa tierras e indígenas es el proyecto de la CVG para las cabeceras de la margen derecha del Orinoco.

Sabemos que la UCV maneja un proyecto alternativo y el Vicariato Apostólico de Puerto Ayacucho acaba de sacar un documento escrito y contundente que suscribimos en todas sus partes. Sería terrible ironía celebrar los 500 años con un plan genocida en pleno desarrollo.

La cuestión indígena como piedra de toque